

# JULIO CARO BAROJA, MIRADA Y CORAZÓN ILIMITADOS.

Félix Maraña



Julio Caro Baroja es para la historia y la memoria de este País un capítulo extenso, generoso y entrañable, por lo que la invocación de su memoria, su talento y su sentido progresivo de la cultura debe ser en sí mismo referente para toda tarea pedagógica que quiera conocer mejor la historia, entender su discurso y extenderlo en el tiempo. Es necesario llamar la atención tanto sobre la memoria y el buen sentido de don Julio, como sobre su obra, compleja, extensa y rica, agrupada en su no menos extensa y profunda bibliografía. Leer la obra de don Julio es una tarea que nos ayudará a comprender muchos pasajes de nuestro pasado y algunas parcelas de nuestro presente.

Voy a señalar tan sólo algunos rasgos y testimonios que a nuestro juicio explican una trayectoria intelectual ejemplar, que en su desarrollo supera todos los inconvenientes que la historia en que se desenvuelve le tiende. Espero que estos testimonios nos ayuden a valorar mejor la figura de nuestro maestro Julio Caro Baroja. Recuerdo cómo en el viaje que hiciera con motivo de la inauguración del Instituto de Bachillerato de Getxo (Vizcaya), Caro Baroja hizo una reflexión, aguda y certera sobre el sentido mismo del hecho pedagógico, insistiendo que es necesario tener en cuenta siempre la renovación de cuanto se enseña y cómo se enseña, para comprender mejor los cambios propios del tiempo histórico. Es la invocación a la renovación pedagógica lo que explica en buena medida su visión del mundo, pues no en vano se formó dentro de una familia que representa esa actitud, comportamiento y sentido moderno de la cultura. Julio Caro Baroja estudió en el Instituto Escuela de Madrid, centro a cuya formación había contribuido su propia madre, Carmen Baroja y Nessi, junto con María Goiri, y otras mujeres con un gran sentido civil y moral para entender los cambios históricos y también la noción misma de libertad humana. Don Julio fue allí compañero de pupitre de Rosa Urabayen, profesora, e hija del gran novelista Félix Urabayen, al que el tiempo y otras inconveniencias que no son al caso, han

Pero si don Julio estuvo siempre preocupado por el sentido de la pedagogía, es decir, por la transmisión razonada del conocimiento y los métodos que en el tiempo hacen que la historia, la ciencia y el pensamiento se extiendan, también dedicó un tiempo a reconocer a aquellas personas de quienes había recibido las enseñanzas más profundas. Entre éstas están, sin duda, como puede advertirse a poco que se conozca su vida y sentimientos, las que conforman su propia familia. En el prólogo a su libro *Semblanzas ideales*, Caro Baroja escribe a este respecto algo que me parece ejemplar tanto en el orden moral como pedagógico:

*"El Destino ha hecho que en mi vida, tanto intelectual como afectiva, hayan confluído corrientes de muy distinto origen y, si se quiere, difíciles de unir. Por un lado he tenido fuerte conexión con hombres del País Vasco, muy metidos en la vida de aquél, muy católicos, conservadores en ciertas aspectos esenciales, y opuestos a lo que podía representar mi propia familia.*

*Pero dentro de ella tuve el privilegio extraordinario de aprender a apreciar el mérito donde estuviera. Ésta es la base de todo Liberalismo verdadero, con independencia de la ergo-*

tización política, que nunca me ha interesado. Vida vasca, vida vinculada a la familia materna por un lado: liberal en esencia. Vida madrileña, de otro.

He de confesar que soy un madrileño poco madrileñista, si me he de referir al Madrid actual (1973). Pero en Madrid he vivido gran parte de mi vida y de Madrid he sacado mi savia. De un Madrid 'de izquierdas', aclararé: el de 1920 al de 1936. Así, me encuentro raramente situado entre la sombra de don Resurrección María de Azkue, por un lado, y la de don Francisco Giner de los Ríos, por otro, y en la constelación en que está metida mi humilde estrella se encuentran don Cirio Bayo y Seguro y mis propios tíos. Simpatizo o he podido simpatizar con un vasco tradicionalista, como don Julio de Urquijo y con el profesor deseoso de regenerar a España por vía pedagógica y laica. Me solidarizo con el hidalgo bohemio y con el hombre de ciencia escrupuloso. Puedo sentir simpatía por cualquier postura sincera, sea la que sea la base ideológica en que se funda. Mas hoy resulta que no puedo simpatizar con casi nada de lo que me rodea. No porque no crea en la sinceridad y buena fe de mis contemporáneos, sino por la manera que tienen de plantearse los asuntos fundamentales de la vida: a mi juicio, demasiado cercana a las candilejas."

Junto a los maestros indicados, Ramón Carande, de quien escribió semblanzas profundas, pues Caro Baroja fue siempre un hombre, no sólo generoso, como decimos, sino agradecido a sus referentes intelectuales.

Hay otro aspecto que quisiera someter a consideración y es la visión que de los grandes problemas de la naturaleza tenía don Julio. En 1963, cuando la ecología era todavía una referencia vaga, Caro Baroja hizo una reflexión lúcida sobre los problemas medio-ambientales del País Vasco, que eran en buena medida los problemas que tenían planteados todas las sociedades industriales de Europa. El texto lo escribió y pronunció en un homenaje que la "Academia Errante" (especie de Universidad Popular Ambulante, que tuvo su desarrollo en aquellos primeros años en Guipúzcoa) dedicó a don José Miguel de Barandiarán, a quien tuvo siempre como maestro y amigo. El texto, que se ha publicado posteriormente en otros libros suyos, lleva por título "Barandiarán y la conciencia colectiva del pueblo vasco". Repitamos que es una reflexión de 1963. El texto, que sirve para reconocer, una vez más, el amor de Caro Baroja por el País Vasco, dice así en uno de sus pasajes:

*"En todo caso creo que, nosotros, los que vivimos en el País Vasco desde hace muchos años ya, hemos recogido (o hemos podido recoger) del hecho de habitar en él, una peculiar esencia poética y creo también que la persona a la que las generaciones futuras deberán mirar para saber cuál ha sido esta esencia es don José Miguel de Barandiarán, ni más ni menos."*

Nuestro maestro ahora recordado ponía en este escrito énfasis en el problema de una industrialización hecha sin consideración a ese hábitat, en una tala brutal y menos considerada aún de árboles; en la conversión de nuestros ríos en verdaderas cloacas, que estaban destruyendo nuestro futuro. Caro Baroja, que no es sólo el investigador que trabaja con los libros, sino con la vida y la realidad que evoluciona o cambia, advierte ya entonces de la violencia que se cometía con el ecosistema en el País Vasco, con un análisis certero, cuya visión adelantada reconocen hoy ingenieros, economistas y sociólogos. En todo caso, en don Julio no era sólo visión de un problema, sino verdadera preocupación por el mismo, en un hombre que siente y ama el País. Cierto es que, hombre libre como era, reclamó siempre la libertad para decidir la forma de amar a su propio país, de identificarse con su historia. Tiempo des-

pués, en 1984, en su libro *El laberinto vasco*, hace a este propósito una declaración que nos sigue pareciendo ejemplar:

*"Si hay una "identidad" hay que buscarla en el amor. Ni más, ni menos. Amor al país en que hemos nacido o vivido. Amar a sus montes, prados, bosques, amar a su idioma y sus costumbres, sin exclusivismos. Amor a sus grandes hombres y no sólo a un grupito de ellos. Amor también a los vecinos y a los que "no son como nosotros". Lo demás, es decir, la coacción, el ordenancismo, la agresividad... ni es signo de "identidad"... ni es vía para construir o reconstruir un país que pasa acaso por la mayor crisis de su Historia y que está muy desintegrado desde todos los puntos de vista... Y la única posibilidad de creer en unidades, identidades y cosas por el estilo es cultivar el amor."*

La misma pluralidad del pensamiento, en la pluralidad para expresar el afecto a los demás. Hemos dicho amor al País Vasco, cuando todo en la obra de Caro Baroja es una expresión de afecto para esta tierra. Buena parte de su tarea intelectual sólo puede explicarse por relación y afecto a esta tierra. Ahí están sus libros. Pero si hay un momento, un texto, un rincón de aquella donde a mí me parece que ese afecto es sobresaliente, no es otro que este breve texto, entrañable y sobrecolector, de su libro memorial *Los Baroja*, que dice así, en relación con la memoria de la casa familiar de "Itzea":

*"¿Y el oír la lluvia menuda, pertinaz, desde la cama una noche de primavera? Si pienso en mí como si fuera un muerto, creo que por mis ideas debo estar en el Cementerio civil de Madrid, con mi tío Pío. Pero físicamente me gustaría ir al cementerio de Vera, frente al Bidasoa, con mis abuelos y mi tío Ricardo. Porque la tierra, la tierra vasca, ata al que ha pasado su niñez sobre ella, y aunque no haya estado acorde con lo que piensan y sienten muchos de sus pobladores. Es la tierra madre por excelencia: severa, dulce. Sin pretensiones"*.

Lo hemos dicho en otra ocasión, pero conviene repetirlo. En la galería de hombres necesarios en la historia, Julio Caro Baroja aparece en la primera fila. Sus méritos intelectuales le situaron ahí; y en ese espacio, donde pensamiento, ciencia, fantasía creadora y conciencia configuran su personalidad, este hombre sabio y prudente permanecerá como ejemplo de intelectual que ha sabido poner a su tiempo los matices que la historia precisa para tener un sentido.

Caro Baroja representa la continuidad lúcida de una saga familiar que ha representado a su vez todo en la cultura de nuestro siglo. Su abuelo, Serafín Baroja, periodista, escritor; liberal, como todos ellos; su tío, don Pío Baroja, por el que Caro no sólo sintió afecto, sino verdadero entendimiento intelectual; su padre, Caro Raggio, el editor que dio a conocer a los más importantes escritores de la "Generación del 98" y siguientes; su tío Ricardo Baroja, pintor y escritor; su madre, Carmen Baroja, escritora también, cuyos versos han sido publicados recientemente<sup>1</sup>; su hermano Pío, cineasta y escritor, que les sobrevive. Por no hablar ahora de sus antepasados impresores, directores y editores de periódicos, que llenaron un tiempo en la vida cultural donostiarra y española. De todos ellos, Julio Caro Baroja ha sabido valorar, cultivar y mantener en el tiempo su memoria, con rigor, seriedad y afecto. Pero fue su madre la principal referencia para sostener en Julio Caro Baroja la constante de la vigilancia intelectual, sin ceder ante las presiones, para salvaguardar su independencia de criterio y libertad creadora.

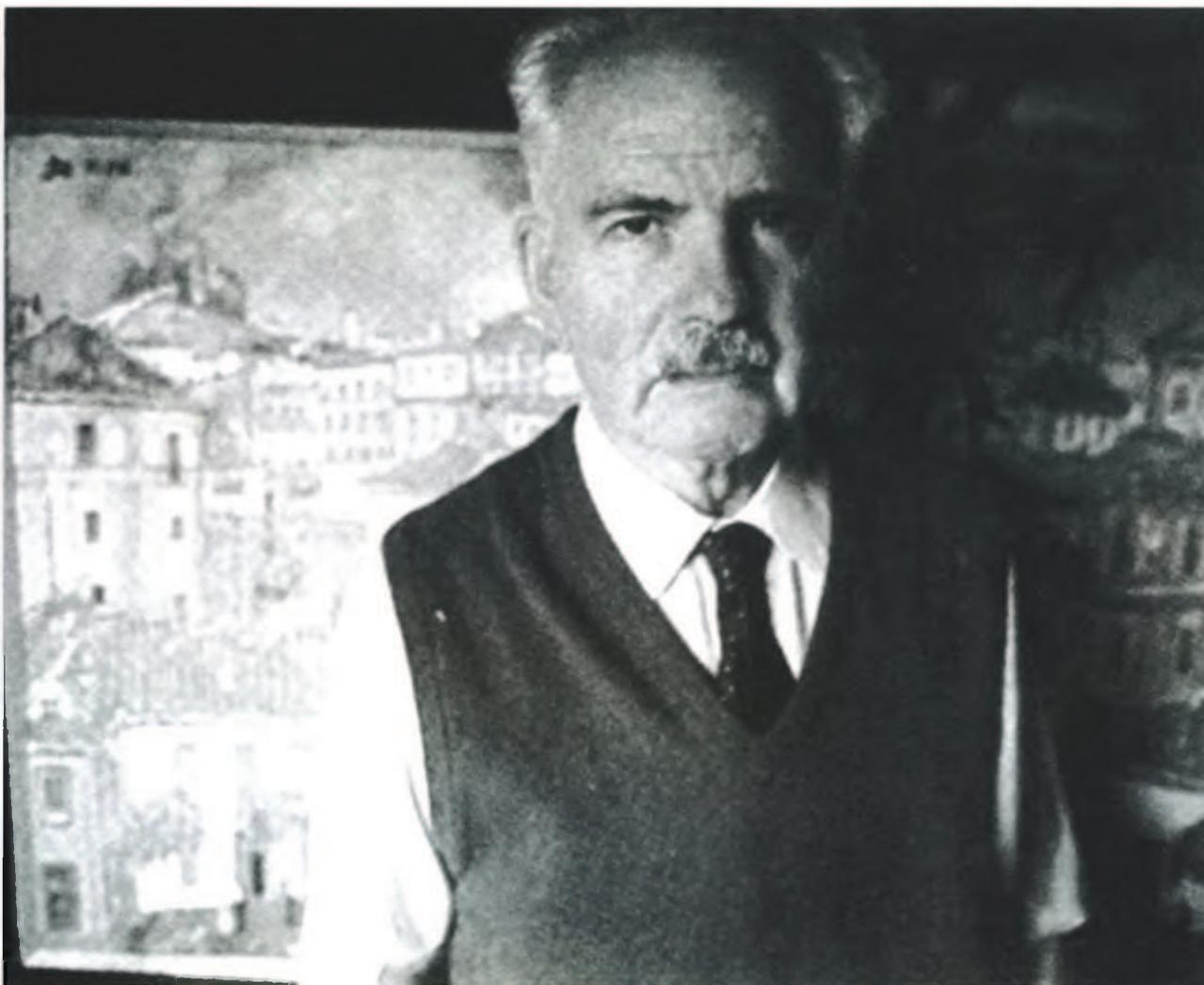
Toda esa galería de personajes reales barojianos, cuya vida y memoria cuenta Julio Caro en su libro *Los Baroja* (una verdadera novela), son la referencia de un tesoro cultural que ni aparece en todos los siglos con esa nitidez, solidez y contundencia, ni en todos los países se repite con la frecuencia

<sup>1</sup> Con el título *Tres Barojas*, y con edición y prólogo de su hijo Pío Caro, los poemas de Carmen Baroja, de tonos becquerianos, han sido publicados por "Pamiela" (Pamplona, 1995). Sobre la vida, personalidad y sentido cultural de Carmen Baroja, la escritora Amparo Hurtado prepara en la actualidad un libro, al que viene dedicando tiempo y esmero y que va a ser, sin duda, una referencia fundamental para situar la memoria de esta mujer, testigo, y agente, de vidas creadoras.

deseable. El historiador, el hombre de ciencia, el pensador ahora desaparecido, tomó el testigo en su día de esa herencia intelectual y moral -también moral; pues la obra de don Pío es una referencia moral, mal que pese a tanto revisionista-, atesorando y dando forma a sabiduría y herencia con una claridad de pensamiento que hace de él un historiador, un científico, un sabio volcado de forma acentuada en una sola dirección: la pasión por el pensamiento.

La obra de don Julio, rigurosa, serena, contundente, clara y exquisita, lúcida y luciente, está ahí. Su figura intelectual, irá creciendo con el tiempo y se asentará, por méritos, en la consideración de ser una de las figuras intelectuales más preclaras en el siglo que se cierra. Pero es deber de nuestro afecto al maestro, y de la necesidad que tiene hoy este su querido pueblo vasco de contar con referentes que certifiquen sus miradas más positivas, es obligado y de justicia que se instituyan entidades que sitúen en el tiempo su memoria. Pues si el afecto por su vida y obra, como testimonio y conducta, está probado, la memoria, olvidadiza e irregular, necesita de luces en la travesía. Así, entiendo que las Universidades Vascas deberían

crear una cátedra Julio Caro Baroja, que tributara, de manera permanente, no sólo el reconocimiento a quien ha dedicado tan importante trecho de su vida y de su talento al estudio y mejor conocimiento del pueblo vasco, sino al hombre cabal, íntegro, consecuente y honesto, al hombre bueno y generoso, que extendió su mirada sobre las cosas de este mundo con la relatividad que el tiempo obliga, pero con la entereza y la inteligencia del sabio. No hay materia, cuestión, problema histórico, apreciación lingüística, discusión antropológica, revisión mitológica, afirmación o negación cultural que don Julio Caro Baroja haya tratado, ensayado o discurrido, que no tenga un interés añadido, una nueva visión incorporada, una reflexión acertada y serena. En la cátedra que propongo, y espero se considere, deberá estudiarse con esmero el conjunto amplio, complejo y humanísimo de las enseñanzas de don Julio, en pago siquiera mínimo de su tan generosa entrega a la cultura. Tan ejemplar mirada sobre el mundo y su tiempo, que es el nuestro, desde un corazón ilimitado como el de don Julio Caro Baroja, de feliz memoria.



ALBERTO SCHOMMER